

Una derrota en las fronteras de la tentación

Admito que no debe haber nada más fácil que apuntarme acusatoriamente con el dedo a la mitad del pecho y condenarme sin apelación. No cuesta nada ponerse la toga de moralista, fruncir el ceño y dejar caer la sentencia terminante: "No se debe robar". Sólo que la realidad no es tan esquemática como los simplistas suponen, salteándose matices que suelen ser decisivos en casos como el que me tocó protagonizar.

Y todavía el pontificador me clavará sus ojos implacables y sentenciará: "Y robarle a un amigo, ¿eso no tiene disculpa posible!". ¡Como si yo no lo supiera! Me lo he repetido un sinfín de veces: no debe haber nada más bajo, más ruin, que robarle algo a un amigo querido. ¡Ni aunque fuera un fósforo! La esposa, vaya y pase; ¡pero ni un fósforo!

¿Qué clase de conformación moral tiene que tener uno para llegar tan bajo? ¡Y un amigo que había sido generoso conmigo; que me acompañó y me apoyó en momentos que fueron críticos para mí! Y yo voy y... ¡No, no tengo perdón!

Muchas veces me despierto en mitad de la noche, acordándome de aquel momento, y los remordimientos no me dejan respirar. Porque al menos tengo ese atenuante, aunque no amortigüe mi culpa: yo no quería llegar a eso, ¿cómo iba a querer? Pero las circunstancias se combinaron de tal manera que... ¡Y el pobre don Alberto tan ajeno! Ni se le pasó por la cabeza que yo... Y tampoco sospeché mi lucha interior en aquel momento. (Bueno, es verdad que él no estaba frente a mí en el instante decisivo. Lo habían llamado por teléfono de larga distancia. Se marchó a atender la llamada y me dejó completamente a solas con la tentación.)

Me gustaría ver a más de cuatro de los que ahora me condenan, enfrentados a una situación semejante. Todos se sienten muy seguros de sí mismos; se creen a salvo de cualquier claudicación, porque, como dicen llenándose la boca, están firmemente encastillados en sus "sólidos principios morales". ¡Ah, cómo me río de ellos! ¡Los quisiera ver! Les podría asegurar que nadie está a salvo, ¡nadie! La tentación se aparece de golpe, cuando menos uno la espera, y se te prende a la carne. ¿Y cómo arrancártela? Porque bien que nos aturden con el dichoso mandamiento: "¡No robarás!"; pero en cambio no te instruyen sobre cómo librarte de los mordiscones de ese bicho ávido. Y yo allí, sin defensas cuando don Alberto me deja a solas con el deseo; y lo deseado ahí nomás, al alcance de la mano y sin arriesgar nada...

Quizás convenga ir revelando ya quién era este tal don Alberto, amigo entrañable, al que traicioné inicualemente. Me apresuro a decir, sabiendo que se redoblarán las acusaciones, que era un anciano de 92 años. Alto, delgado, erguido, pero perfectamente lúcido, eso sí; que no se piense que me aproveché de un viejecito chocho. ¡De manera que no hacer tanta alharaca con los 92 años!

Era un señor, lo que se llama un señor. Vestía invariablemente saco sport de casimir inglés, camisa fina con el cuello desabrochado, un precioso pañuelo de seda al cuello: así lo veo frente a mí. Se comentaba que era dueño de incontables propiedades, que su fortuna era cuantiosa, aunque llevaba una vida por demás modesta. No faltaba quien lo acusara de avariento, de mezquino. Es posible. Muchas veces lo vi regatear en ínfimas transacciones, contar con minucia las pérdidas posibles en operaciones de muy poca monta. Y amaba el dinero; o habría que decir, para mayor precisión: amaba **saber** que tenía dinero, aunque no lo ostentara ni lo empleara en darse lujos de ninguna clase.

Don Alberto había nacido en la Argentina, pero de argentino tenía ya muy poco o nada. A

los ocho años, su familia se fue a vivir a España, y en España se educó y allí comenzó muy joven una carrera de comerciante afortunado.

Más tarde sus negocios lo llevaron a París, donde se radicó. Vivió allí la mayor parte de su vida. En París lo sorprendió la Primera Guerra Mundial, y después la Segunda. Llevó en todo momento una existencia desahogada, salvo las penurias corrientes en toda guerra, en especial durante los años de la ocupación nazi. Y hasta supo tener problemas con la Gestapo, según proclamaba con orgullo.

Fue un Don Juan impenitente, ayudado por su estampa (que la decrepitud no llegó a afligir del todo) y también, a no dudarlo, por su fortuna sobrada. Las mujeres se le entregaban a raudales. Pero un día se le terminó su donjuanismo porque se enamoró perdidamente de una jovencita parisién, a la que adoró, y se casó con ella. Vivió unos pocos años de perfecta felicidad, hasta que un día la joven se enfermó de un mal que avanzaba inexorablemente. La desesperación de don Alberto fue inenarrable. Cuando al fin su esposa muere, él estuvo al borde del suicidio. Nunca pudo superar aquella pérdida. Muchas veces me mostró la foto de la que fuera su amor: una carita de los años treinta, amable e ingenua. Era conmovedor aquel culto que Don Alberto le seguía rindiendo a los 92 años.

Para escaparle al yermo a que quedó reducida su existencia, tuvo que apelar a recursos extremos: viajes incontables, una vida mundana intensa...y otra vez aventuras galantes. Pero también una cierta actividad culta, pues era hombre instruido: leía incansablemente y en París no se perdía exposiciones, conciertos, teatros...

Cuando concluye la Segunda Guerra, su hermana -único familiar que le quedaba en el mundo- viaja a México conduciendo un contingente de huérfanos de guerra, a los que el gobierno mexicano ha concedido asilo. Radicada en México, la hermana se casa con un mexicano y le escribe a don Alberto alentándolo para que deje París y se vaya a vivir cerca de ella. Luego de mucho dudar, don Alberto accede. Se arrepentirá siempre. "¡Mi ciudad era París!", lo oí clamar, dolorido. "¡Jamás debí dejarla!", se lamentó hasta el último día.

Y allí en México lo vine a encontrar, ya en su declinación. Se había asentado en Cuernavaca, cerca de su hermana que residía en esa ciudad; pero él había preferido vivir en un hotel, el mismo donde yo me radiqué, y al que ya me he referido en otras notas.

Don Alberto y yo nos hicimos entrañablemente amigos. En verdad, yo fui el último afecto que entró en su vida. Nos pasábamos horas conversando, sentados bajo el sol deslumbrador de Cuernavaca, en aquel patio abierto rodeado de plantas y animales, al que ya me he referido.

Como don Alberto era muy lector, solíamos hablar de libros y de autores. En su pieza del hotel había llegado a amontonar una enorme cantidad de volúmenes esparcidos por el suelo o formando pilas desordenadas contra las paredes. Generosamente me ofreció su biblioteca, y gracias a él pude leer o releer numerosas obras que me sirvieron de compañía y de alimento.

Un día veo venir hacia mí a don Alberto, con una expresión radiante y blandiendo en alto un volumen. "¡Mire lo que encontré ordenando mi biblioteca!", exclamó con alborozo. "¡La obra de un compatriota suyo: "Tabaré", de Juan Zorrilla de San Martín". Era una edición popular, en rústica (y por lo tanto muy barata, dicho sea de paso, porque don Alberto no era afecto a gastar en ediciones caras). "Voy a tener el gusto de regalárselo". Y así lo hizo.

Pero esa misma tarde -y esto no es ninguna exageración: fue esa misma tarde-, lo veo venir de nuevo hacia mí, blandiendo un libro en alto: "¡Mire lo que encontré ordenando mi biblioteca: la obra de un compatriota suyo, "Tabaré", de Juan Zorrilla de San Martín. Voy a tener el gusto de regalárselo." Y me lo regaló por segunda vez. Es que había comprado en distintos momentos dos ejemplares de "Tabaré", y no lo recordaba. El pobre se había puesto

completamente olvidadizo, como les sucede a tantas personas de edad demasiado avanzada; y así fue cómo, a la tarde de ese día, ya ni se acordaba que esa mañana me había regalado idéntico libro, en idéntica edición.

Pero no sólo su memoria estaba afectada hasta ese extremo. También su mente, que, aunque lúcida, había quedado cristalizada en un conjunto de pocos temas, que repetía una y otra vez, y en ocasiones con diferencia de pocas horas. Y en eso consistían nuestras conversaciones bajo el sol cuernavaquense: en relatarme él no más de una docena de episodios de su pasado, que volvían siempre, fatal e indefectiblemente. Y encima los contaba siempre igual, con las mismas palabras y en el mismo orden, que no modificaba nunca.

Por ejemplo, me repitió esta secuencia no sé cuántas veces: "Yo me las ingeníé, durante toda la guerra, para conseguirme carbón para mi estufa y comida por encima de la cuota que fijaban los racionamientos. Por eso la Gestapo me tenía entre ojos". Y siempre lo desarrollaba en ese orden exacto. Un día se olvidó del final: no dijo que la Gestapo lo tenía entre ojos. Entonces yo lo ayudé, casi susurrándole como un apuntador de teatro: "La Gestapo"... Y él arrancó al instante: "Ah, sí: la Gestapo me tenía entre ojos".

Diré en mi descargo que jamás debe haber habido en el mundo una persona que oyera, como hice yo durante meses enteros, siempre los mismos cuentos sin mostrar el menor signo de impaciencia. Jamás le hice notar sus repeticiones. Y así como él narraba siempre sus temas con la frescura de una primera vez, yo me las ingeníé para ponerle cara de primera vez en cada reiteración del relato. Aguanté a pie firme, y lo hice por una sola razón: porque le había cobrado un inmenso cariño. Aunque puedan dudar de ello los que ahora me reprochan mi vergonzoso proceder.

Un día se me apareció sosteniendo entre sus manos una caja de cartón de considerable tamaño. Traía una expresión entre misteriosa y traviesa, que me intrigó.

"¿Sabe usted, señor Schinca, lo que hay dentro de esta caja? ¡Ah, ni se lo imagina! Se va a caer de espaldas cuando lo vea. Prepárese. Fíjese bien".

Levantó con deliberada aparatosidad la tapa, y efectivamente casi me caigo de espaldas: la caja estaba llena hasta los bordes de documentos auténticos de la época colonial. Yo había trabajado un tiempo en el Archivo General de la Nación y estaba perfectamente familiarizado con los documentos españoles de la Colonia. Y éstos lo eran, sin ninguna clase de dudas.

Don Alberto los fue sacando uno a uno y leyéndome sus firmantes: el Virrey de No Sé Cuánto, año 1533; el Capitán General Tal y Cual, año 1540; el Príncipe de No sé Dónde; la marquesa de No Sé Quién; y así durante un larguísimo rato en que yo asistí, deslumbrado, a un esplendoroso desfile de verdaderas reliquias históricas.

"¿Quiere que le cuente cómo conseguí estos documentos?" Y los ojos chispeaban con picardía. "Los compré en París, al día siguiente de la Guerra. La gente, desesperada por conseguir algún franco, los entregaba por nada. Y como a mí, francos era lo que me sobraba...". Y sonreía como un niño travieso festejando su "hazaña".

En verdad, aquellos documentos debían valer una fortuna. Por eso me vino enseguida la imagen de dos "cuervitos" que veía revolotear desde hacía tiempo alrededor de Don Alberto: dos sobrinos que lo iban a visitar con sospechosa frecuencia al hotel y que le hacían arrumacos esperando que se muriera para heredarlo. Sin duda, el día que Don Alberto ya no estuviera, todo ese patrimonio documental, por el que los cuervitos no sentían el menor apego, serían vendidos a coleccionistas privados, que se los comprarían por menos de nada.

De repente, Don Alberto adoptó un aire triunfal y me mostró, levantando muy teatralmente un papel amarillento y medio carcomido. "¿Ve esto? ¡Es la joya de mi colección!" Y como si

fuera el anunciador de un show que hubiera llegado a su punto culminante, leyó aparatosamente la firma que lucía al pie del documento: "¡Isabeeeeeel... de Castilla!"

¡Isabel la Católica! Me quedé esperando, incrédulo, a que Don Alberto me alcanzara el papel. No bien lo tuve en la mano, lo examiné ansiosamente. Yo conocía bien la letra de Isabel, por haberla tenido a la vista en numerosas ocasiones, y no me cupo ninguna duda: era su firma auténtica. (Y volví a ver a los dos cuervitos revoloteando ahora alrededor de aquella escritura desvaída).

Contemplé el documento con unción silenciosa, lo acaricié disimuladamente con los dedos y se lo devolví a su dueño. Don Alberto guardó de nuevo a su Isabel de Castilla, cerró la caja, y se volvió feliz para su pieza, llevándose aquel tesoro que había levantado en mí una oleada de emoción...y de deseo.

Pasaron algunas semanas, no sé cuántas. Y una tarde soleada, como todas en Cuernavaca, nos sentamos como dos lagartos a conversar. Hablábamos seguramente del racionamiento de la comida en París durante la guerra, y de la Gestapo que no le sacaba los ojos de encima. Decimoséptima o décimooctava vez que yo recibía, imperturbable, el mismo relato.

De pronto advierto que a don Alberto le pasa un relámpago travieso por la mirada. Ah, ya sé todo lo que viene ahora: Don Alberto se va a levantar (se levantó), enfilará hacia su cuarto (enfiló), reaparecerá con su inmensa caja de cartón (reapareció) y me pondrá cara de picardía (puso cara de picardía). Me armé de paciencia y me preparé a recibir por cuarta o quinta vez en la semana la misma andanada: "¿Sabe usted lo que hay en esta caja?" "No, Don Alberto, no lo sé". "¡Ah, ni se lo imagina! Se va a caer de espaldas cuando lo vea!" Me caí de espaldas cuando lo vi. "El Virrey No Sé Cuánto, año 1533; el Capitán General Tal y Cual, año 1540; la Marquesa de No Sé Dónde", etc., etc. Y yo lanzando exclamaciones de asombro -ah, ah, ah- como si fuera la primera vez que veía esos benditos papeles.

Luego, como siempre a esta altura, Don Alberto levantó en alto un documento de bordes carcomidos. Mentalmente me adelanté a decir por él su parlamento: "¿Ve esto? ¡Aquí tiene la joya de mi colección!" Adopté el estilo de un anunciador de televisión, y proclamé para mis adentros: "Isabeeeeeel de Castilla!"

Y así, por cuarta o quinta vez, tuve en mi mano aquella reliquia querida. Que conste que no soy un coleccionista maniático, ni un amor obseso de antigüedades. Pero debo admitir que ese pedazo de papel me fascinaba. ¡Lo había toqueteado hacia quinientos años una mujer a la que le tocó vivir una circunstancia histórica eminente, un gozne en que la humanidad, por disposición suya, dio un vuelco capital! A decir verdad, yo no la quiero mal a Isabel. Cuando comenzó la explotación sistemática y el destrozo planificado de las civilizaciones americanas; cuando los indios de estas tierras fueron sometidos por Europa y destrozados, ella dictó órdenes precisas de que se los tratara con humanidad y con clemencia. Pero esos dictados de la soberana, sin duda noblemente inspirados, eran aplicados en América (o no aplicados) por verdaderos hombres de presa, demasiado preocupados por extraer rápidas riquezas y hacerse de dinero y poder, como para reparar en minucias humanitarias. Después, los lobos de España entretejieron intereses con los lobos de América, y para los pueblos americanos fue el cataclismo definitivo. Pero no por la voluntad de Isabel, y sí con su disgusto.

¡Qué fragancia de historia grandiosa y terrible emanaba de aquel pedazo de papel que una vez más sostenía yo en la mano con unción! Parecían escucharse voces, unas autoritarias y airadas, otras lamentosas y dolidas; desfilaban frente a mis sentidos debilidades y ambiciones, suntuosidades y miserias; y cuántos ayes, y cuánta iniquidad, y cuánta voluntad de imperio, y cuánta desolación de esclavizados. Allí estaba, entre mis dedos, aquel final del siglo XV en su

maridaje de grandeza y horror.

Y en ese momento, en ese preciso momento, con el final del siglo XV hablándome y deslumbrándome, vinieron a avisarle a Don Alberto que tenía una llamada de larga distancia, que él aguardaba con ansiedad. Don Alberto, nervioso, se puso de pie al instante, se olvidó de su caja y de Isabel de Castilla(y de mí, pobrecito yo) y corrió a atender la llamada.

Yo les pido a mis acusadores que, como se hace en televisión, dejen un momento congelada esta imagen: yo sentado, completamente solo, con Isabel la Católica en la mano. Nadie en las cercanías, ¡ni un alma!

-Escuchame bien, ¿te das cuenta, no?

-¿Cuenta de qué?

-De que estás solo, de que nadie te ve.

-¿Y eso qué? ¿Qué me querés decir?

-Que metés disimuladamente el documento entre unos papeles cualesquiera, y...

-¿Pero qué me estás proponiendo?

-Sería una estupidez no hacerlo.

-¿Que me quede YO con ese documento?

-¡Claro! Nadie se va a dar cuenta.

-¿Pero cómo lo voy a robar a Don Alberto?

-¡Robar! No dramáticos. Lo que hacés es sacar ese papel de circulación, antes de que caiga en manos de los dos cuervitos.

-¡Yo no puedo hacerle eso a Don Alberto!

-Pero él ni cuenta que se va a dar. Vendrá todo nervioso de su llamada de larga distancia, ni se acordará que tú tenías en la mano a Isabel la Católica, cerrará la caja, se la llevará a su cuarto, y nunca más se acordará del asunto.

-Cuando vaya a buscar la joya de su colección...

-Ni se va a acordar que tú la tuviste el último.

-No me importa. Don Alberto es mi amigo y yo no puedo despojarlo de algo que él valora tanto.

-¿Pero acaso vos querés este documento para venderlo? ¡No! Lo querés para guardarlo como un tesoro que es. No lo perjudicás en nada a Don Alberto.

-¿Cómo que no? Le saco algo que le pertenece y que él aprecia sobremanera. Es inútil; no me convencerás. Yo no haré una cosa así.

-Mirá que es una oportunidad única...

-No me importa.

-Don Alberto acaba de terminar la llamada y ya regresa. ¡Es ahora o nunca!

-¡Nunca!

-¡Ahora!

Efectivamente, Don Alberto apareció en ese momento. Venía bastante alterado por la llamada, que tenía que ver con no sé qué negocio que no acababa de resolverse. Y pasó lo que era previsible: agarró la tapa, cerró la caja y se la llevó para su cuarto. Ni me preguntó por Isabel la Católica. Se ve que se había olvidado de ella por completo.

Me quedé horriblemente perturbado. ¡Cuánto tormento, qué disconformidad conmigo mismo! Ese odioso documento me había mostrado una cara nueva de mí, me había llevado hasta un límite moral que no me conocía. A partir de ese episodio, empecé a juzgarme de otra

manera. Dejé de ser el que era. Ya no me estimé como hasta ese momento. La caja de don Alberto se llevó sepultado un pedazo de mi yo, en el que nunca más podría reconocirme.

A las pocas semanas de este episodio desdichado, Don Alberto comenzó un vertiginoso descenso. Se olvidaba de todo, cometía toda clase de disparates, decía incoherencias. Era evidente que ya no podía vivir solo. Así que su hermana se lo llevó con ella a su casa, una mansión con un parque espléndido en las afueras de Cuernavaca. La última vez que lo vi, no pudo ser más penoso el encuentro: tuve que ver a Don Alberto sentado en un sillón de ruedas, llevado por una enfermera bigotuda y reseca que lo paseaba por el césped. Tenía puesto un sombrerito de sol como de nene. Fue sacudidor para mí ver a aquel gran señor convertido en un gurisito babeante y bobo. Apenas si me miró difusamente, no me reconoció, balbuceó no sé que frase sin ningún sentido. Se lo llevó rodando por el césped la sargentona. Nunca más.

Algún tiempo después me anunciaron su muerte. Fui de noche al salón de la empresa de pompas fúnebres donde lo velaban. El féretro estaba completamente solo. Claro: la hermana ya no podía salir de noche y los cuervitos, con sus esposas, estarían festejando la herencia de Don Alberto en algún restaurante del Centro de Cuernavaca.

Opté por arrimar una silla y sentarme junto al ataúd. Charlamos un rato Don Alberto y yo. Lo escuché por última vez contándome los diez o doce relatos de siempre, y yo adopté mi mejor expresión de conocerlos recién.

Al final, no pude contenerme y le dije: "Mire, Don Alberto, quiero que sepa una cosa antes de separarnos del todo. Usted se va a enojar conmigo con toda razón. Lo voy a decepcionar. Estuve... estuve a un tris de robarlo, ¿sabe? La maldita firma de Isabel la Católica. Tan cerca estuve de cometer semejante latrocinio contra usted, que para mí es como si lo hubiera robado de veras. Créame que me muero de vergüenza. Le ruego que me perdone, si puede".

Don Alberto me preguntó: "¿Pero por qué razón no se quedó con Isabel la Católica?"

"Me faltó coraje en el último momento", le expliqué. "No podía hacerle semejante daño a usted".

Don Alberto se agitó con rabia: "¿Le parece bonito? Ahora Isabel de Castilla ya sabemos adónde va a parar. ¡Si cuando yo volví de hablar por teléfono y cerré la caja, estaba seguro de que usted me había salvado el documento!"

Me quise morir. Sólo atiné a preguntarle: "¿Entonces me absuelve por mi robo moral?" El me contestó: "Pero lo condeno por su tontería. ¡Flaco favor me hizo!"

Y ya no lo escuché más. Su voz se fue alejando, cada vez más neblinosa. Al final se hizo un silencio calmo en la funeraria, una quietud sedosa, como si se hubiera delineado un sitio donde ya no podríamos converger él y yo.

Yo no quedé conforme con su absolución. Me sigo considerando manchado, culpable, aunque Isabel la Católica haya quedado en manos de los cuervitos y no en las mías. Hasta hoy - como indiqué al principio- vivo cargando un arrepentimiento que no me deja en paz.

Sólo que... nunca podré saber con precisión de qué estoy arrepentido exactamente: si de haber cometido un robo moral o de no haber cometido un robo real.

Lo mejor -me parece- será no escarbar demasiado por ahí.